V
C 1864-19

MANUEL REINA

POEMAS PAGANOS

LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS
EL POEMA DE LAS LÁGRIMAS — EL CRIMEN
DE HÉCTOR

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1896

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Al eminente escritor
Antonio Sanchez Perez,
su apasionado amigo.
Manuel Reina

POEMAS PAGANOS

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

V
C1864-19

MANUEL REINA

POEMAS PAGANOS

LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS
EL POEMA DE LAS LÁGRIMAS—EL CRIMEN
DE HÉCTOR

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1896

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS

POEMA

INSPIRADO EN UN CUENTO, EN PROSA,
DE VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

A José Sánchez Guerra.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA CEGUEDAD DE LAS TURBAS

I

Era la tarde. Abierta
y como arnés ceñido á la robusta
muralla, aparecía
la ancha puerta de bronce, la gran puerta
de Esparta, la ciudad fiera y augusta.
Del cristalino Eurotas la onda fría
rodaba con sonido lastimero,
y el sol, en viva púrpura bañado,
semejaba el escudo ensangrentado
de un adalid de Homero.
En la torre sombría
que superaba al muro resistente

© Biblioteca Nacional de España

de la puerta de bronce, inquieta gente,
ruidosa multitud se revolvía.
Relumbraban las picas, el guerrero
casco, la malla dura,
la firme espada de cortante acero,
el venablo, la espléndida armadura...
Todo lanzaba resplandores rojos,
menos los negros y nublados ojos
de la griega irritada muchedumbre,
siempre fijos, clavados en la cumbre
de una montaña ingente
que ostentaba, cual Jerjes, en la frente
regia corona de sangrienta lumbre.

II

Á combatir, ufanos,
la víspera salieron de aquel día
los trescientos heroicos espartanos,

© Biblioteca Nacional de España

los trescientos leones
que por sus altas ínclitas acciones
dignos son de la homérica poesía.
Coronadas de rosas,
como para asistir á alegre orgía,
partieron las falanges valerosas.
¿Quién de aquellos soldados no sabía
que iba á morir! El beso de la muerte,
en lid gloriosa, para el alma fuerte
es más dulce que el beso de las bellas.
Por la patria morir... ¡dichosa suerte!
Á los primeros rayos de la aurora,
con himnos que entonaban las doncellas
y los vivas de niños y de ancianos,
la indomable ciudad batalladora
despidió á los trescientos espartanos
que, con bandas de mirtos y claveles
en su marcial arreo,
marcharon, siempre ansiosos de laureles,
batiendo con sus lanzas los broqueles
al compás de las odas de Tirteo.

© Biblioteca Nacional de España

III

Voces de triunfo, bélicos rumores
que en alas de los vientos voladores
por la mañana á la ciudad llegaron,
las venturosas nuevas confirmaron
de los rudos pastores:
las falanges de Jerjes rechazadas
fueron por las helénicas espadas
que, formidables rayos de la guerra,
cubrieron de cadáveres la tierra.
El excelso Temístocles, al frente
de sus nunca vencidos escuadrones,
á reforzar volaba, diligente,
el bando de los épicos leones.

Cánticos entonaba de alegría
y á sus altas deidades protectoras
preces la noble Esparta dirigía
en honor de sus huestes vencedoras,

© Biblioteca Nacional de España

cuando llegaron tristes mensajeros,
y, al escucharlos, lúgubres y fieros
tornáronse los Éforos.
¡Mentidas
las nuevas de los rústicos pastores!
¡Mentidos los rumores
del viento volador! ¡Rotas, hundidas
todas las esperanzas concebidas!
Mil brazos en el aire se elevaron,
y de furor y de venganza ardiente
atronadores gritos resonaron.
El terrible mensaje
corrió por la ciudad, como un torrente
de férvido oleaje.

Efialtes, el pastor de alma perversa,
por recónditas sendas no sabidas
condujo ¡infame! al inhumano persa,
que, cual sierpe traidora, por la espalda
acometió á los bravos de Leonidas.
Ya de Jerjes el nítido caballo,
de paramentos de oro y esmeralda,

© Biblioteca Nacional de España

humedecido en sangre el férreo callo,
hollaba triunfador la sacra tierra,
cuna de dioses y héroes de la guerra.
La torpe raza espuria
del maldecido Irán derrocaría
con implacable furia
el templo levantado á las deidades,
y de fuertes cadenas cubriría
á los nobles soldados de Milciades;
y á las griegas castísimas beldades
iba á uncir, para afrenta y vil desdoro,
á sus carrozas de marfil y oro.

IV

En la elevada torre y las almenas
esperaban los griegos, la faz mustia
y las miradas llenas
de furor y de angustia,
ver lucir, á los rayos de la tarde,

© Biblioteca Nacional de España

en la cima eminente
de la montaña el casco refulgente
del enemigo vencedor cobarde.
Pronto iban á surgir en la alta cumbre
del ejército persa las espadas;
las flechas de los caspios; las doradas
cimeras de la asiria muchedumbre;
los árabes, con blancos alquiceles;
los etïopes, de facciones duras,
ceñido el cuerpo con hirsutas pieles;
las índicas nevadas vestiduras;
los escitas con ojos de chacales;
los infantes soldados
de Susa y de Persépolis, armados
de broqueles de mimbres y puñales.
La ciudad se aprestaba diligente
á registrar con hechos inmortales
el asalto inminente.
Sobre Esparta cruzó, como enlutada
nube, de cuervos fúnebre bandada
que fué á posarse en el ramaje escueto

© Biblioteca Nacional de España

de la selva sagrada
que se extiende á la falda del Taijeto.
¡Presagio horrible! En ronca gritería
prorrumpió la ciudad, que maldecía
de los pájaros negros de la muerte;
con mano ejercitada y brazo fuerte
lanzó á los cuervos lluvia de saetas
y piedras voladoras;
pero en las ramas prosiguieron quietas
las fatídicas aves graznadoras.
Palidez espectral cubrió el severo
rostro de las ancianas:
ya era infalible el temeroso agüero.
También palidecieron y temblaron,
el corazón henchido de congojas,
las vírgenes hermosas espartanas,
cuando les entregaron
tristes sus padres las agudas hojas
que ornamento brillante
fueran del templo de Hércules triunfante.
—¿Para qué se nos dan estas espadas?—

© Biblioteca Nacional de España

preguntaron las bellas, desoladas.
—¿Para qué estos aceros?—repetían
con la voz lastimera.
Nadie les contestó. Ya lo sabrían
cuando, al llegar el pavoroso instante,
el terrible mandato se les diera
de hundirlos en su seno palpitante.

V

De pronto la espartana muchedumbre
lanzó un grito estridente.
Acababa de ver sobre la cumbre
de la montaña ingente
á un hombre que corría
como recio huracán; por la pendiente
velocísimo luego descendía,
cual si ganar la puerta pretendiera
de la ciudad. ¡Un fugitivo era!
Roja la faz como encendida llama,

© Biblioteca Nacional de España

y en la mano una rama
para sostén, sin duda, en la carrera,
volaba por la aspérrima vertiente,
llevando oculta la inclinada frente
con su revuelta obscura cabellera.
Más siniestra, más pálida y sombría
ante la rauda aparición, la brava
multitud se volvía.
Era gran cobardía
correr de modo tal. ¿Abandonaba
aquel hombre el combate?¿ Buscaría
en Esparta refugio?
Á la vislumbre
del sol, dando de lleno en su figura,
resplandeció su helena vestidura.
Espantosa rugió la muchedumbre
y con voces de lúgubres acentos
rasgó el aire liviano,
gritando con furor: – ¡Un espartano!
¡Uno de los trescientos!
El miserable del combate huía.

© Biblioteca Nacional de España

¿Habrá imitado la falange rota
de los griegos la negra felonía?
¿No era una imagen fiel de la derrota
la visión de aquel hombre envilecido?
¿Á qué ocultar más tiempo la tremenda
infamante verdad? De la contienda
¡todos habían huído!
Interrrumpió la ronca gritería
un ay vibrante, aterrador, lanzado
por triste corazón que se rompía,
por una anciana de semblante airado
que, clavando la vista en el soldado,
—¡Mi hijo!—clamaba con horror.
Sangrientos
insultos, anatemas vengadores,
gritos de rabia, crueles juramentos,
cual tormenta preñada de furores,
tronaron en los vientos.
—¡Tu vista nos deshonra, alma de lodo!
—¡Atrás! ¡No es éste el campo de batalla!
—¿Cómo la tierra en cólera no estalla

© Biblioteca Nacional de España

bajo tu planta vil?—¡El pueblo todo
fulmina contra ti sus maldiciones!
—Si el valor consistiera
en consumar negrísimas traiciones,
héroes, cual tú, no hubiera.
—¡Ha desgarrado el corazón altivo
de la patria tu infame cobardía!—
Callado y anhelante el fugitivo
hacia la puerta sin cesar corría.
—¡Atrás! ¡Atrás, baldón de los guerreros!—
los espartanos exclamaban fieros.
—No entres en la ciudad de la bravura,
que no queremos con tu sangre impura
manchar nuestros aceros.
—¿Á cuánto compra Jerjes las espadas?
—¿Vas á ganar con tu veloz carrera
el premio en las alegres Olimpiadas?
—¡Álcese contra ti la sombra austera
de Pólux iracundo!—
Habló el soldado;
mas de la multitud el vocerío

© Biblioteca Nacional de España

cada vez más enérgico y bravío
apagó sus palabras.
—¡No has besado
la tierra! ¡La has mordido!—¡Atrás, infame!
¡En tu pecho una víbora derrame
su veneno fatal!—¡Vuelve á la guerra!
¡Á morir combatiendo! ¿No te aterra
nuestro furor?—¡Sobre tu frente zumba
el anatema de tu padre bravo
que se agita colérico en su tumba!
—¡Anda á servir al enemigo, esclavo!—
Esta odiosa palabra, como un trueno,
retumbó en los oídos. Las doncellas
bajaron, ruborosas, las miradas,
estrechando á la vez contra su seno
las cortantes espadas.
De los dolientes ojos de las bellas
abrasadoras lágrimas rodaron,
que el metal de las armas recamaron,
de perlas y diamantes.
¡Esclavas!... Las doncellas comprendieron

© Biblioteca Nacional de España

para qué se les dieron
las aceradas hojas penetrantes.
Veladas las pupilas por el lloro,
la arrogante figura sin más galas
que el rico manto de sus bucles de oro
y una veste más nívea que las alas
de los cándidos cisnes, una hermosa
hacia el muro avanzó majestuosa
cual la imagen de Palas.
El pueblo, con semblante compasivo,
la contempló. La prometida esposa
era del fugitivo.
Pálida y altanera
miró á su amante, y con airada mano
una piedra arrojóle tan certera
que dió en el corazón al espartano.
Desde el pie á la cimera estremecido
el triste se detuvo, alzó la frente,
quiso hablar, mas su acento fué extinguido
por las aclamaciones que á la gente
la valerosa virgen arrancara

© Biblioteca Nacional de España

con su muestra preclara
de ánimo entero y patriotismo ardiente.
Mustio el semblante, la mirada incierta
y en la rama apoyado,
encaminóse hacia la entrada abierta
de la ciudad el mísero soldado.
Pero á un signo del pueblo enfurecido
giró sobre sus goznes la ancha puerta,
cerrándose con lúgubre estampido.
Y, ante aquella sombría
hoja de bronce helada
que para siempre—¡oh dioses!—de la amada
tierra le proscribía,
el fugitivo griego escarnecido,
desplomándose inerte
sobre el suelo natal, lanzó un gemido
y durmióse en los brazos de la muerte.
Del sol á los postreros resplandores,
sobre el cadáver rápidos cayeron
los cuervos graznadores,
y en aplausos las turbas prorrumpieron.

© Biblioteca Nacional de España

Así murió—volando su alma egregia
al Elíseo, vestida con la regia
púrpura del crepúsculo esplendente—
el luchador valiente
que en la batalla conquistó la gloria;
el ínclito guerrero
que los griegos nombraran mensajero
de la inmortal victoria.
Así murió, abrazado
á la rama triunfal y desgarrado
el corazón por trágicas heridas,
el invicto soldado,
el augusto emisario de Leonidas.

Agosto 95.

© Biblioteca Nacional de España

EL POEMA DE LAS LÁGRIMAS

A Manuel del Palacio.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

EL POEMA DE LAS LÁGRIMAS

I

Una blanca beldad fascinadora
de rubia trenza y seno floreciente,
de claros ojos como tersa fuente
y risa más alegre que la aurora;
por ameno jardín, que el sol colora,
camina placentera y diligente,
cuando su leve falda transparente
prende un rosal con rama punzadora.
Dichoso acariciando á la hermosura
se estremece el rosal, como una llama,
al romper la beldad su ligadura.
Pétalos rojos llueven de la rama...
Es que el rosal, perdida su ventura,
llanto de sangre por la infiel derrama.

© Biblioteca Nacional de España

II

Esplendores magníficos, brillantes
curvas de plata y majestad divina
muestra su cuerpo escultural de ondina
al salir de las olas murmurantes.

Las tembladoras gotas rutilantes,
con que ciñera el agua cristalina
su inmaculada frente alabastrina,
fingen regia corona de diamantes.

Á la luz cegadora que desprende
su desnudez triunfante y deliciosa,
en gentílico amor todo se enciende.

Da en su cabello el sol besos de oro,
y el mar, abandonado por la hermosa,
vierte á sus blancos pies amargo lloro.

© Biblioteca Nacional de España

III

La beldad, sonrosada como el día,
esparcido el raudal de su cabello
por la mórbida espalda y níveo cuello,
llega al arroyo de la verde umbría.

Un vaso llena en la corriente fría,
y al rozarlo después su labio bello,
tiembla el vaso, feliz, lanza un destello,
y campo y sol refleja en su alegría.

Cuando su viva sed siente aplacada,
la hermosura retira, indiferente,
el cristal de su boca de granada.

Tórnase triste el vaso, antes riente,
y por su faz, de nieblas empañada,
se desliza una lágrima luciente.

© Biblioteca Nacional de España

IV

Suspiran los ardientes ruiseñores,
llena la luna el mar, valles y lomas,
y, en álamo frondoso, dos palomas
cambian roncos arrullos gemidores.

La bella viste encajes, raso y flores;
y, cual rocío en las fragantes pomas,
en su pecho gentil lleno de aromas
lanza un collar de perlas sus fulgores.

Un dichoso amador, en tierno lazo,
á la beldad fascinadora oprime,
besándola en su labio de escarlata.

Y, á la presión del venturoso abrazo,
roto el collar de perlas, dulce gime,
y en lágrimas radiantes se desata.

© Biblioteca Nacional de España

V

Vierte el mustio rosal llanto encendido;
del vaso rueda lágrima luciente;
llora el collar de perlas refulgente,
y llora el mar y estalla su rugido.

Llora también el amador rendido:
que la beldad de inmaculada frente
es estatua de mármol esplendente...
y en el mármol jamás vibró un latido.

Todo tiene una lágrima ó lamento.
Todo... menos la bella seductora,
causa de tanto mal y hondo tormento,

que, arrogante, impasible y triunfadora,
responde á los dolores dando al viento
su risa más alegre que la aurora.

Mayo 95.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

EL CRIMEN DE HÉCTOR

POEMA

A T. Jurado de la Parra.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

EL CRIMEN DE HÉCTOR

Cosa vieja era ya en él gustar de entretenerse en guiar carros de cuatro caballos: tenía también otro estudio, que era cantar al son de la cítara.....
.....Mas porque no se publicasen del emperador solamente estas habilidades en juegos y pasamientos, dió en mostrar afición á componer versos, juntando, no sólo á los excelentes en esta profesión, sino á cuantos sabía tener algunos principios de poesía. A todos éstos Nerón hacía sentar cabe sí...

TÁCITO.

El genio es siempre un acusado.

VÍCTOR HUGO.

Todo triunfo es un crimen y se expía: el que tiene la medalla tiene el reverso.

A. DUMAS (hijo).

—Ea, probemos: á bregar conmigo (le dice á un gladiador ó saltimbanco). ¿No vienes á luchar? Haz lo que digo, ó esas orejas de lebrel te arranco.

JUAN ALCOVER.

CANTO PRIMERO

I

La Roma de los Césares pagana,
la ciudad del placer y los festines,
de los circos, los lechos de oro y grana,

© Biblioteca Nacional de España

las cuadrigas y mágicos jardines;
la envilecida Roma, la liviana
ciudad de los riquísimos palacios,
los carros de marfil y arcos triunfales,
las copas de esmeraldas y topacios
y los dioses de espléndidos metales,
desceñida la túnica de seda,
con su amante imperial, lasciva rueda
en el fango de torpes bacanales.
¿Qué fué del pueblo cívico y guerrero
de los Gracos, Pompeyos y Escipiones?
¿Qué de la patria de Catón austero,
que engendrara las épicas legiones
de César vencedor? ¿Qué del severo
auditorio que en torno se reunía
de la excelsa tribuna en que tronaba
la voz de Cicerón, tormenta brava
que huracanes y rayos despedía?...
Valor, virtudes, patriotismo ardiente...
todo rodó al sepulcro de la historia;
y el áureo sol de la latina gloria,

© Biblioteca Nacional de España

rompiendo su corona refulgente,
en la sombra se hundió! Roma hoy venera
á un príncipe de instintos de pantera
que, ante un público inmenso de naciones,
cambia el imperio en colosal tablado,
donde canta y disputa, degradado,
el laurel á los músicos é histriones.
—¡Salud, Nerón divino!—el pueblo clama,
los crímenes, los vicios y traiciones
del tirano infernal dando al olvido,
porque el César, magnífico, derrama
el oro sobre el pueblo corrompido,
como prodiga el sol su alegre llama.
Roma, la gran bacante, se divierte,
sin ver que entre los mirtos y las rosas
de sus juegos y fiestas licenciosas,
su dardo esgrime la implacable muerte.

© Biblioteca Nacional de España

II

¿Quién huye al verde bosque en la serena
tarde en que con acentos de alegría
la capital del mundo el aire llena,
contemplando á Nerón, en la ancha vía,
ceñido de la púrpura brillante,
coronada la frente de laureles,
las manos en la cítara vibrante
y calzado de azules borceguíes (1),
conducido por ágiles corceles
en carro de oro, ornado de rubíes?
¿Quién en tarde tan plácida se aleja
del entusiasmo popular, esquivo,
y corre al bosque virgen que refleja
la onda clara del Tíber fugitivo?
¿Quién es ese mancebo de apostura

(1) Tal lo pintan Castelar y otros historiadores.

© Biblioteca Nacional de España

gallarda y fiera y de semblante altivo,
que, desdeñando el vicio y la locura,
melancólico, grave y pensativo,
se interna por la lóbrega espesura?
Es un ser elegido; en su mirada,
del genio audaz la llamarada inquieta
brilla radiante, cual desnuda espada
herida por el sol. Es un poeta.
¡Un poeta!—un espíritu altanero
que ha mojado su labio en el torrente
de plata y luz, donde bebiera Homero;
un soñador que lleva en su alma ardiente
la hermosura, los cantos y clamores
del Universo, y en su osada frente
la diadema más rica y esplendente
que ciñeran jamás emperadores;
un hombre triste que ambicioso aspira
á esculpir en la cumbre de la gloria
su nombre, á que fulgure su memoria
en luengos siglos, como inmensa pira;
un mártir á quien dieron por castigo

© Biblioteca Nacional de España

sensible corazón hados adversos,
y cuyo numen canta en áureos versos,
cual la cigarra en el dorado trigo;
y que buscando un díctamo á sus males,
calma y olvido á sus profundas penas,
labra copas de fúlgidos metales
donde vierte la sangre de sus venas!

III

Todas las tardes, cuando el sol declina,
con sus rayos, flamígeros pinceles,
bañando el cielo en lumbre purpurina,
el mancebo en el bosque se reclina
entre frescos rosales y laureles.
Mira tenaz la rauda y bullidora
corriente azul del anchuroso río,
y se explaya su mente voladora
en un recuerdo plácido que dora
su rostro juvenil, antes sombrío:

© Biblioteca Nacional de España

recuerdo de esplendores y belleza
que en su espíritu lleno de tristeza
el vate melancólico atesora,
como en su abismo el mar la perla pura,
cual lleva la insondable noche obscura
en sus entrañas á la rubia aurora:
recuerdo dulce que al mancebo anega
en sueños de ventura embriagadores,
y ante sus ojos mágicos despliega
la radiante visión de sus amores,
cuadro de penetrante poesía
que en aquel sitio ameno contemplara,
al rayo de la luna, en bella y clara
noche estival, henchido de alegría.
¡Oh, noche de zafir! Los ruiseñores
poblaban los espacios de armonía,
y un hálito de fuego ondas y flores,
nidos y espeso bosque estremecía.
Insectos brilladores como un astro
derramaban su luz en las fragantes
y blancas azucenas, cual diamantes

© Biblioteca Nacional de España

en desnudas gargantas de alabastro.
Sobre el césped de fino terciopelo
estallaba feliz, en locas risas,
el limpio arroyo reflejando el cielo.
Al erótico beso de las brisas
temblaban los rosales, y en las fuentes
entonaba sus cantos seductores
la blanca ninfa de ojos refulgentes.

Las delicias gozando y la hermosura
de esa noche de ritmos y esplendores,
se hallaba el joven de gentil figura
—que Héctor se nombra—oculto en la espesura,
aspirando el aroma de las flores
y reclinado al pie de los laureles,
libre su mente en los espacios tersos,
manando de su boca dulces versos
como resbalan del panal las mieles,
cuando con ojos deslumbrados viera
hendir triunfal la linfa centellante
del Tíber cristalino á una galera
de remos de oro y casco rutilante.

© Biblioteca Nacional de España

En su seno la nave conducía
á olímpica beldad de áureo cabello
que besando sus hombros y su cuello
en luminosa nube la envolvía.
Serena como un lago era la frente
de la beldad; su labio sonriente;
su cincelado cuerpo de matrona;
y llevaba en su mano transparente
de inmarchito laurel una corona.
Al ver su faz y sus contornos regios
sintió, arrobado, el juvenil poeta
en amor desbordarse su alma inquieta,
como herido laúd rompe en arpegios.
Y corrió presuroso y anhelante
del Tíber á la orilla, en el instante
en que, trazando caprichosos giros,
se alejaba la nave voladora,
dejando sobre el agua bullidora
ancha estela de espumas y zafiros.

© Biblioteca Nacional de España

IV

Todas las tardes, cuando el sol declina,
con sus rayos, flamígeros pinceles,
bañando el cielo en lumbre purpurina,
el mancebo en el bosque se reclina
entre frescos rosales y laureles.
Y, desde aquella noche, en vano espera
ver en las ondas del sagrado río,
en su bizarra nave, á la hechicera
deidad que le robara su albedrío,
abrasando de amor su vida entera.

CANTO SEGUNDO

I

—Vate insigne, tu cántico sonoro
moja sus alas en acerbo lloro;
y tus hondas tristezas y dolores

© Biblioteca Nacional de España

semejan en tus versos brilladores
gotas de sangre en armadura de oro.
¿Qué misteriosa pena te devora?
¿Qué desengaño arrebató la calma
á tu dulce existencia soñadora?
¿Qué voraz ambición te muerde el alma?
Héctor, ¿por qué te juzgas desgraciado
debiendo ser feliz? Sobre tu cuna
arrojó sus tesoros la Fortuna
y tu frente las Musas han besado.
Desprecia á los espíritus protervos
que ceban en tus obras su coraje:
¿no han de insultar los tenebrosos cuervos
á los cisnes de cándido plumaje!...
La envidia es una pérfida serpiente
que embiste á los que irradian en las cimas
del Arte; mas su rabia es impotente:
que no puede clavar su corvo diente
en el bruñido acero de tus rimas.
¿Á qué te abate, pues, el desconsuelo?
¿Qué desdicha es la tuya, Héctor amigo?

© Biblioteca Nacional de España

De tu intensa aflicción descorre el velo
y tu pesar compartiré contigo.
—Amo, dulce Quirino, con locura
á una deidad cuya morada ignoro:
sólo una vez he visto su figura;
la busco y, al no hallarla, sufro y lloro.
¿Ves cuántas flores hay en los verjeles?
Pues su cuerpo más gracias atesora.
El que bese su boca de claveles
¡en ella besará toda la aurora!
Al rayo de la luna nacarada
absorto contemplé sus formas bellas,
y abrióse ante mi mente fascinada
un horizonte azul lleno de estrellas.
Desde entonces la busco noche y día
y no la he vuelto á ver.—¡Y ése es tu duelo!...
Mujeres hallarás de ojos de cielo
y faz de diosa en la imperial orgía.
Allí verás sonrisas hechiceras
en que el ansia de goces se retrata,
labios de fuego, undosas cabelleras,

© Biblioteca Nacional de España

senos cual globos de luciente plata...
—¡Impureza, abyección y podredumbre!
No compares la zarza con el lirio,
ni el vil pantano con la enhiesta cumbre:
¡la hermosura que adoro con delirio
toda es pudor, magnificencia y lumbre!—
Tal conversaban Héctor, el poeta,
y su amigo Quirino, actor romano,
más alegre que una ánfora de Creta,
caminando los dos por la ancha vía,
hacia el *palacio de oro;* que el tirano
en su mansión celebra loca orgía
en honor de los vates, los histriones,
los músicos, cantantes y bufones
que alcanzaron en Roma nombradía.

II

Cuando llegaron Héctor y Quirino
al salón de las regias bacanales,
airosas bailarinas orientales,

© Biblioteca Nacional de España

de ojos de luz y cuerpo alabastrino,
adornados los brazos, pies y cuello
de ricas esmeraldas, y el cabello
prendido de jazmines y de rosas,
giraban al compás de las vibrantes
músicas de los sistros resonantes
y de las flautas lidias melodiosas,
envolviéndose en velos deslumbrantes,
como las bellas virgilianas diosas.

Ya en brazos del placer, los convidados,
en sus lechos de púrpura sentados,
una vez y otra vez mudado habían
las guirnaldas de pámpanos y flores
con que sus sienes cálidas ceñían.
Ya el espumoso vino de Falerno
daba á los rostros vívidos colores
y á las miradas resplandor de infierno;
y las copas de artísticas labores,
ceñidas de claveles de escarlata
y derramando gotas ambarinas,
rodaban con sus voces argentinas

© Biblioteca Nacional de España

sobre las mesas de marfil y plata.
Ya la bóveda altiva del triclinio,
esmaltada de azul, de ópalo y minio,
abriéndose, arrojaba frescas rosas,
coronas de oro y aguas olorosas;
mientras Nerón la frente reclinaba
sobre el ebúrneo seno de una esclava
de sedosos magníficos cabellos
á la jónica usanza recogidos,
de pupilas de mágicos destellos,
formas de nieve y labios encendidos.

III

Estallaba ruidosa la alegría
en la imperial desenfrenada orgía,
al penetrar en la soberbia estancia
Héctor, á quien el monstruo coronado,
de vanidad henchido y arrogancia,
así le habló, sentándole á su lado:

© Biblioteca Nacional de España

—Roma ayer presenció, caro poeta,
de entusiasmo abrasada, mi victoria
sobre el cómico Néstor, el atleta
Marcio y Julio el cantor: inmensa gloria
conquistaron mis músculos de acero
y mi voz regalada; pero ansío
otro preciado timbre: medir quiero
tu sacro numen con el estro mío.
Retóricos y artistas eminentes
he reunido á mi mesa en este día;
ellos han de otorgar á tu poesía
el laurel, ó á los cánticos valientes
que engendrara mi excelsa fantasía.
Levántate y recita tú primero—
dijo Nerón. Las risas se apagaron,
sistros, flautas y crótalos callaron,
y del labio del joven altanero
brotó un himno sublime y esplendente,
arrebatado, al férvido torrente
de plata y luz donde bebiera Homero:
himno cuyas estrofas de cristales

© Biblioteca Nacional de España

encerraban las músicas sonoras
de todos los parleros manantiales,
los perfumes de todos los rosales
y los rayos de todas las auroras.

Ante prodigio tal, los convidados,
ya por el Cirenaica delicioso
y el Falerno dulcísimo inflamados,
ocultar su entusiasmo no supieron
y, sin temor al César envidioso,
en aplausos y vítores rompieron.
—¡Imbéciles!—rugió con saña fiera
el leopardo imperial. Por vez primera
ante el déspota horrible se aplaudía
á uno de sus rivales.—¡Vil jauría
—Nerón gritaba enfurecido,—lame
la maldecida mano de este infame!
¡Cuando aclamabas, despreciable tropa,
al autor de esas bárbaras canciones,
un veneno ha vertido él en mi copa!
Del circo las serpientes y leones
el crimen de Héctor vengarán mañana.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Mientes, mientes!—clamó con voz de trueno
el inocente joven, de ira lleno.—
¡Mientes, oprobio de la especie humana!
Mas no, tienes razón, alma traidora:
que la miel perfumada que elabora
la abeja de oro del talento ajeno,
si es para todo el mundo embrigadora,
para ti siempre fué mortal veneno!

Apenas pronunció palabras tales,
Héctor fué á una mazmorra conducido;
y en silencio glacial quedó sumido
el salón de las regias bacanales.

EPÍLOGO

El Circo inmenso el populacho llena.
Bella es la tarde. El sol en el espacio
finge hermoso león de áurea melena

© Biblioteca Nacional de España

Otro león magnífico, en la arena,
fija sus grandes ojos de topacio
sobre el mancebo condenado á muerte,
y lanzando un rugido lastimero
se echa á sus plantas generoso y fuerte.
Héctor, después, con una sierpe lidia,
fría como una lámina de acero
y verde como el rostro de la envidia.
El inmundo reptil se enrosca fiero
al cuello de la víctima inocente;
como un dogal elástico lo aprieta...
y á poco, bajo el cielo refulgente,
rueda sin vida el mísero poeta.
La multitud entonces, asombrada,
contempla con estúpida mirada
á olímpica beldad de tersa frente
y cincelado cuerpo de matrona,
que, ostentando en su mano transparente
de inmarchito laurel una corona,
desciende, en actitud grave y serena,
del vasto Circo á la candente arena;

© Biblioteca Nacional de España

se inclina triste hacia el cadáver yerto,
lo corona de lauros triunfadores
y da en el rostro pálido del muerto
un beso todo amor, todo esplendores.

FIN

Noviembre 95.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Pesetas.
ANDANTES Y ALEGROS (poesías).....	2
CROMOS Y ACUARELAS (poesías).....	3
EL DEDAL DE PLATA (monólogo dramático). Agotada.....	1
LA VIDA INQUIETA (poesías).....	3
LA CANCIÓN DE LAS ESTRELLAS (poema).....	1
POEMAS PAGANOS.....	1

© Biblioteca Nacional de España